

LAS LENGUAS DE LOS PIRINEOS EN LA ANTIGÜEDAD

1. Los Pirineos constituyen una larga cadena montañosa de unos 500 kms de longitud y de una altitud media de 2000 metros, que desde nuestros primeros datos arqueológicos y lingüísticos no forman una unidad cultural. En grandes líneas, ha habido desde tiempos remotos una separación entre los Pirineos orientales y mediterráneos, por un lado, mucho más expuestos siempre a las novedades culturales, y los Pirineos occidentales y centrales, por otro, más cerrados en sí mismos y con una participación más retardada en las corrientes innovadoras generales. Los arqueólogos nos revelan indicios de esta diferencia que remontan al menos a la Edad del bronce; uno de los más conspicuos es la distribución de los enterramientos en cromlechs que se limita a los Pirineos occidentales y centrales. Otro caso singular de esta diferencia se halla en la exposición de los distintos territorios al uso de la escritura, lo que acarrea consecuencias con respecto a la información lingüística que ahora poseemos sobre dichos territorios. Si en la zona mediterránea hay ciertos datos ya para el siglo VI a. C., gracias a la práctica epigráfica griega llevada a cabo por los comerciantes griegos de las colonias occidentales, debemos de esperar hasta la conquista romana del rincón suroccidental de las Galias y a la pacificación de las zonas montañosas de Vasconia y Cantabria para empezar a tener epígrafes latinos que nos muestren rasgos del sistema antroponímico de las gentes de esos parajes. Pero, debido al diferente comportamiento (exposición, sumisión, reacción, trato, etc.) de las zonas con respecto a las gentes foráneas, y en especial con respecto a la romanización como fenómeno de suplantación lingüística de gran envergadura, observamos que la zona oriental a partir del cambio de era es pobre en datos indígenas, mientras que en Aquitania y en otras zonas pirenaicas pervive onomástica indígena a lo largo de todo el período imperial.

2. Los primeros testimonios escritos que afectan a los Pirineos se documentan, como hemos dicho, en la zona mediterránea adyacente y se trata de textos griegos emanados por la actividad comercial de las colonias griegas del lugar, en especial Empúries. Tenemos, así, dracmas ampuritanas y tres plomos de tipo comercial, que hacen referencia a contratos y otras disposiciones relativas a compraventas:

a) Plomo muy fragmentado y mal conservado

b) Plomo con 14 lín. (1985), de fines del s. vi; carta comercial con instrucciones relativas a navegación, comercio; NP ibérico Βασπεδ[, top. Σαιγανθη

c) Plomo con 10 lín. (recto) + 3 lín. (verso), de la 1ª mitad s. iv. Mal conservado; léxico mercantil.

En una factoría comercial costera, cercana a Narbona, en la actual Pech Maho, ha aparecido hace poco un plomo griego fechado hacia el 470 a. C., que consiste en una carta de tipo comercial en la que se habla del envío de una expedición, compra de barcos, fianzas y pagos. Lo interesante desde nuestro punto de vista es que se documentan los nombres de los testigos de la transacción; algunos nombres son claramente ibéricos, como Βασιγερρος, Γολο.βιυρ, Ναλβεαδιν, en cambio, otros pertenecen a una capa onomástica diferente, que a falta de mejor denominación llamamos ‘ligures’: Βλερυας, Ιαυαρυας (Las fuentes griegas más antiguas nos hablan de los Elisyques en las cercanías de Narbona y de los Sordones, en el Rosellón, como pueblos diferenciados de los Iberos; los primeros Hecateo los adscribe a los Ligures).

Vemos, pues, que en una fecha temprana tenemos atestiguada la presencia de individuos de nombre ibérico en la costa catalana-languedociana, aunque sea de modo indirecto a través de textos alógenos. Habrá que esperar hasta mediados del siglo iv para que empiecen a documentarse nombres ibéricos y secuencias escritas en ibérico (con sufijos de la lengua) sobre vasos griegos de importación, así como los primeros plomos comerciales ibéricos a imitación de la práctica epigráfica griega en la zona. A partir del s. iii a. C. se multiplican ex-

traordinariamente los testimonios en toda la región y comienza el periodo floreciente de la epigrafía ibérica.

Los textos de estos epígrafes se pueden clasificar según la función del documento; así tenemos, aparte de los plomos de índole comercial, que son frecuentes en la costa catalo-languedociana, numerosos grafitos sobre cerámica campaniense y autóctona, lápidas funerarias, inscripciones sobre instrumentos, monedas, incluso parietales o rupestres. Todos estos textos pertenecen al conjunto de la epigrafía ibérica y presentan rasgos lingüísticos idénticos a los de textos de otras zonas ibéricas bien conocidas.

Por poner solo unos ejemplos significativos:

Se documentan palabras técnicas: *iu(n)stir*, *salir* (plomos) / *seltar*, *are take*, *eban* (lápidas). Morfemas conocidos como *-ka*, *-ban*, *-e*, *-en*, *-ar*, *-Yi*, *-arYi*, *-ir*, *-e*, y en monedas *-(s)ken*.

En cuanto a la antroponimia, hallamos un ambiente uniforme con elementos repetidos en otros lugares ibéricos, como *atinbelauR*, *antalskar*, *iltiRbikis-en*, *nereiltun*, *neRseatin*, etc.

Si nos atenemos a la distribución de los epígrafes ibéricos, observamos una gradación cronológica que empieza en la costa catalana con textos remontables al s. IV a. C. y se extiende por las tierras del interior hacia la cuenca alta del Ebro ya en época plenamente romana. En el interior de Cataluña hallamos cerámica campaniense, fusayolas y lápidas importantes como la de Fraga, aunque escasean los plomos (solo se ha hallado uno en Lleida). El mismo tipo de textos y ambiente epigráfico se extiende hacia el oeste, por tierras del Ebro medio y Huesca, hasta llegar a Navarra, donde se localiza el límite occidental y septentrional de la epigrafía ibérica con un mosaico hallado en *Andelos* (Muruzábal de Andión, Mendigorriá) y un bronce fragmentado procedente, al parecer, de Aranguren (Pamplona). Vemos, pues, que la zona entre el Ebro y los Pirineos escribe en lengua ibérica en el periodo republicano, lo cual concuerda también en líneas generales con las leyendas acuñadas en monedas autóctonas de esas fechas y con la antroponimia transmitida por fuentes romanas contemporáneas, como veremos más adelante. Hay que llamar la atención sobre este fenómeno curioso, que consiste en la paradójica proliferación de textos ibéricos bajo la dominación y administración romana. Es casi seguro que las elites de estos

pueblos del interior conocían la existencia de la escritura ibérica, a la que habrían estado expuestos desde inicios del s. III a. C. con toda probabilidad, según deducimos por algunos hechos que citamos a continuación, pero desgraciadamente no nos queda ningún texto redactado en época tan temprana. Solamente bajo el dominio romano, ya a fines del s. II y durante la primera mitad del s. I a. C., gracias en buena medida a una proliferación masiva de acuñación de denarios ibéricos, se generaliza el conocimiento de la escritura ibérica entre gentes hasta entonces analfabetas, con la producción de unos pocos textos, de los cuales algunos han llegado hasta nosotros.

Gracias a un estudio reciente de J. C. Hebert, sabemos que los restos de dos platos argenteos con inscripción hallados en una tumba principesca de Aubagnan (Landes), datados hacia el 200 a. C., proceden de talleres artesanales de la costa mediterránea, por su gran parecido con los platos o páteras de Tivissa. Se trata de artículos de lujo, comprados o encargados por los nobles de zonas interiores, en una tradición que remonta hasta el s. VII-VI a. C., momento en que se establece una corriente de transferencia cultural entre los centros artesanales del mediterráneo (etruscos, itálicos, etc.) y las noblezas célticas de la cultura de Hallstatt, que continuará en los siglos siguientes. Se trata de un ejemplo que muestra la difusión de los productos artesanales ibéricos por zonas alejadas del interior, a los que en muchas ocasiones acompañaba también la escritura.

Otro ejemplo de la difusión de la escritura ibérica por zonas de su influencia económica lo constituyen los dipintos sobre ánforas halladas en Vieille Toulouse, en una población de cuya pertenencia a la etnia y lengua gala no podemos dudar.

Los más pirenaicos de todos los textos ibéricos conservados son las inscripciones rupestres de la Cerdanya, que han sido descubiertas y publicadas por Campmajó y Untermann no hace mucho tiempo. Se trata de incisiones en paredes rocosas, de tamaño y configuración muy variables, que suelen ir acompañadas de representaciones de animales como ciervos, etc. Se trata de textos de muy difícil interpretación, que por paralelos formales de otros lugares más claros, como Peñalba de Villastar (Te), serían considerados religiosos en santuarios al aire libre. En estos

textos junto a elementos ibéricos bien conocidos, tanto en el ámbito de la onomástica (**tikirsatin**, **suisebeleS-**) como en el de los formantes gramaticales, ciertos términos (**kutun**), etc., existen secuencias con poco eco en textos ibéricos; no sabemos si es resultado de la función de estas inscripciones o se trata de localismos de estas tierras pirenaicas. Algunas secuencias (**borbobieki**, **bokaR**, **osbon**, **oskikiRi**) recuerdan a otras atestiguadas en los grafitos de Enserune y quizá hagan referencia a nombres de persona de una extracción indígena particular (*cf.* § 8).

3. Los textos ibéricos de la región narbonense, a partir de un determinado periodo datable entre el s. III y s. II a. C., nos proporcionan información preciosa sobre los cambios de población que se producen en la región en ese momento. Sabemos por las fuentes clásicas que en el s. III hay un asentamiento de celtas, en especial de la tribu gala de los Volcae Tectosages en Toulouse y amplias zonas del sudeste de Francia. Estas gentes galas de nuevo cuño hacen también su aparición en los textos ibéricos de este momento y constituyen, por tanto, una capa que se superpone a la población autóctona de la región, fuertemente iberizada desde el s. VI-V a. C. He aquí los datos que confirman lo dicho:

a) Plomos ibéricos de fines del s. III y s. II a. C. con nombres galos: en Pech Maho **lituriS** = Liturix; en Empúries **katulati-en** = Catulatius, *cf.* catu- ‘combate’ + lati- ‘héroe’; en Ensérune **katubaRe-ka** = Catumarus, *cf.* galés *cadfawr*, *-maro- ‘grande’.

b) Grafitos sobre cerámica de Ensérune, con nombres ibéricos y galos:

<i>Nombres ibéricos</i>	<i>Nombres galos</i>
alostibaS	aSetile (Assedilus)
anbels	atetu (Atecto)
atinbin	auetiRiS (Auetirix)
ikoRtibaS	eSkinke (Excingus)
bilosboste	tiuiS (Divix)
ikuSatin	touto (Touto)
talskubilos	katuRe (Caturus)

4. Para conocer la situación lingüística del valle del Ebro y de la región comprendida entre el Ebro y los Pirineos contamos con algunos testimonios de gran valor. Entre estos, uno de los más importantes por su claridad, ya que se trata de un texto redactado en latín por la administración militar romana, es el llamado bronce de Ascoli, que recoge la concesión de ciudadanía romana a un cuerpo de caballería auxiliar formado por individuos alistados en *Salduie* (la futura *Caesaragusta*) por su participación en las guerras de los aliados en el 89 a.C. Los individuos proceden de ciudades situadas al norte del Ebro, algunas de ellas aún no localizadas, y muestran por lo general una onomástica coherentemente ibérica, de modo que el documento le resultó de una ayuda crucial a Gómez Moreno en el desciframiento de la escritura ibérica.

<i>(Salluitani)</i>	<i>Segienses</i>	<i>Ilerdenses</i>
Sanibelser Adingibas f	Sosinaden Sosinasae f	Q. Otacilius Suisertaten f
Illurtibas Bilustibas f	Sosimilus Sosinasae f	Cn. Cornelius Nesille f
Estopeles Ordennas f	Urgidar Luspanar f	P. Fabius Enasagin f
T<o>rsinno Austinco f	Gurtarno Biurno f	
	Elandus Enneges f	
	Agirnes Bennabels f	
<i>Bagarensis</i>	Nalbeaden Agerdo f	
	Arranes Arbiscar f	
Cacusin Chadar f	Umargibas Luspangibas f	

Este importante documento se ha tomado como el arquetipo de la onomástica ibérica, porque la gran mayoría de los elementos formativos que muestra aparecen también desperdigados en nombres propios (o secuencias con muchas probabilidades de ser nombres propios) de inscripciones ibéricas por todo el ancho territorio en que se halla esta epigrafía. Con todo, no debemos desechar la presencia de nombres de otros orígenes, por ejemplo el vascónico, con algún que otro nombre típico como *Enneges* o *Agirnes*, o el mismo celta, al que podríamos asignar sin mayor problema el segiense *Elandus*.

5. La zona vasca, en el extremo occidental de la vertiente meridional de la cadena pirenaica, se nos aparece como un territorio bas-

tante complejo, por no decir oscuro y nada nítido, en lo que se refiere a sus características lingüísticas a juzgar por la documentación fechada en época republicana. Ya Untermann se percató en su estudio sobre las monedas hispanas de que las acuñaciones de esta zona portaban leyendas que no encajaban nítidamente ni en el conjunto de las leyendas ibéricas en **-Sken**, ni en las celtibéricas en **-koS** o **-kom**, sino que presentaban secuencias con pocos paralelos:

arsaos, arsakoson, ba(r)Skunes, bentian, benkota, olkaiRun, ontikes, sesars, tirsos, umbanbaate

Aparentemente, algunas leyendas tienen aspecto indoeuropeo como **ba(r)Skunes**, no solo por su desinencia en *-es* (ya se entienda al modo tradicional como nominativo plural de un étnico o al modo de Villar como ablativo de singular de una ciudad), sino también por la formación (sufijo **-on-* > *-un-*); otras que muestran finales en *-os* (*arsaos*) o bien pueden analizarse en sufijos (*arsakos-*) también recuerdan leyendas celtibéricas, pero tenemos el problema del uso de la /s/ en vez de la sistemática /S/ celtibérica. En algunos pocos casos, como en las leyendas **b.olSka.n** : *OSCA* y **bentian**, podemos quizá analizar un sufijo vasco de locativo (*-n*), perfectamente aislable en el caso de la ciudad oscense.

No hace muchos años apareció en las excavaciones de la ciudad altoimperial de *Andelos* (Muruzabal de Andión, Mendigorriá, Navarra) un mosaico con una inscripción en caracteres y lengua ibérica (**likine : abuloRaune : ekien : bilbiliar**) que recordaba a otra de Caminreal (Teruel) no solo por su formato, técnica y diseño, sino también por la propia inscripción (**likinete : ekiar : uSakeRteku**). En esta inscripción turolense se había reconocido a un individuo celtibérico, de nombre *Likinos* iberizado como *likine*, más un sufijo frecuente *-te*, seguido de un apelativo relacionado con una actividad artesanal (*ekiar*) más el topónimo *Osicerda*. En el paralelo navarro tenemos el mismo nombre **likine** seguido de una secuencia muy curiosa en la que se reconoce otro nombre celtibérico **abulo-** (*abulu*, *abuloS*), más **ekien**, (paralelo de *ekiar*) y la secuencia referida al topónimo *Bilbilis*. Ha habido varios intentos de interpretación de esta inscripción, en la que los comentaristas ven la presencia de dos indivi-

duos, uno *likinos* y otro *abulu*, que bien actúan como socios (de donde la explicación de la forma *ekien* como plural, así Untermann) o bien uno actúa de agente y el otro de beneficiario (de donde la interpretación de *ekien* como forma multipersonal de dativo, así J. de Hoz). Aunque no tenga una explicación clara de todos los elementos, me parece que es más normal hallar la presencia de un único individuo en la inscripción, que al ser de origen celtibérico según su onomástica y procedencia toponímica debería ser llamado algo así como «likinoS abulokum» en su tradición, es decir con indicación de su nombre familiar, que es lo que de una u otra forma podría traducir *abuloRaune*. Si seguimos la línea de analizar *ekien* como forma verbal del campo semántico de ‘hacer’, no tendría mayores inconvenientes como forma de pretérito de singular de una forma vasca, sin *z-* inicial como en vizcaíno; este análisis nos coloca ante la posibilidad de hallarnos ante una forma vasca y no estrictamente ibérica (*ekiar*), pero ello es aún prematuro. Se trata, de todos modos, de una particularidad de la inscripción dentro del conjunto ibérico, así como la secuencia *-Raune*, a la que por otro lado no hallo explicación vasca.¹

6. Como segundo tipo de fuente para el conocimiento de las lenguas de la región contamos con los nombres propios de toda clase, sobre todo antropónimos y topónimos, que nos han sido transmitidos a través de las fuentes epigráficas (y algunas pocas literarias) latinas, la mayoría de época imperial. Como ya he indicado en § 1, la eficaz romanización de la parte oriental supuso una pronta desaparición de las lenguas indígenas, que se aprecia no solo en la interrupción total de las inscripciones vernáculas, sino también en una rarefacción muy notable de la onomástica indígena. Así, p. ej. son muy pocos los nombres ibéricos atestiguados en las lápidas latinas de época imperial de Girona o Lleida, por hablar de zonas en las que los testimonios ibéricos en época prerromana y republicana eran abundantes, como veremos más adelante.

1. Con posterioridad a esta redacción, he leído un interesante artículo de Rodríguez Ramos (1999-2000), en el que se interpreta *abuloRaune* como adaptación ibérica del sintagma celtibérico **Abulos launi* «liberto/siervo de Apolo», lo cual daría cuenta de esta rara secuencia. La interpretación de *ekien* sigue abierta.

La onomástica indígena, como exponente de la vitalidad de las lenguas autóctonas, aparece con pujanza en las zonas menos intensamente romanizadas de la vertiente septentrional de la cadena montañosa. Ya hemos comentado arriba (§ 2) que a partir del s. III a. C. comienza a atestigüarse la presencia de población gala en la zona ibérica languedociana. Los nombres en las lápidas romanas de época imperial seguirán confirmando la presencia de galos en Narbona y principales ciudades de la región, así como en las *civitates* más al interior hasta alcanzar la región aquitana (*cf.* § 8).

<i>Nombre aquitano</i>	<i>Cognado vasco</i>	<i>Empleo en la Edad Media</i>
ANDERE, ANDERENI,	andere 'señora'	Andere, Andrerestu, etc.
ATTACO	aita 'padre'	Aita, Egga, [Chamartin]
HANNA, HANNABI	anaie 'hermano'	Annaye, [Minaya Alvar F.]
SENIUS, SENICCO, SENITEN	sehi, sein 'muchacho'	Seina
SEMBUS, SEMBECO	seme 'hijo'	Semea
NESCATO	neska, neskato 'muchacha'	Nescato
OMBECCO	ume 'criatura'	Umea
CISON, CISONTEN	gizon 'hombre, varón'	Guiçon
.....
HARSI	hartz 'oso'	Arza, Garcés - Arceiz
OXSON	otso 'lobo'	Ochoa, Ossoco
AHER-BELSTE (ND)	akher 'macho cabrío'	Aker (çaltua), akelarre
ASTO-ILUNNO (ND)	asto 'asno'	
SOSONIS	zozo 'mirlo'	çoça yturri-Fuente del tordo
.....
ILUNNO, ILUNNI	ilhun 'oscuro'	Illuna, Yluna
BAIGORRIXO	ibai 'río', gorri 'rojo'	Baigorri
LURCORR[lur 'tierra',	
BELEX, HARBELEX	beltz 'negro'	Belça, Balça, etc.
.....
ANDRECCONI, SEMBECCONI	-ko diminutivo	Ochoco, Çatico, Enneco
ANDERE-SENI, HAUTENSE		
BIHOTARRIS, HONTHARRIS	-tar (pertenencia)	Belastar, Ahoçtarreç
CISON-TEN, SENI-TENNIS		Belascotenes, Osote
NESCA-TO, ANDOS-TON	-to diminutivo	Nunuto, Allavato

Los altos valles de los Pirineos centrales y la llanura aquitana han proporcionado un número abundante de nombres propios de persona y de divinidad, que desde hace mucho tiempo han sido puestos en relación satisfactoriamente con nombres y apelativos vascos. Ofrezco aquí un resumen ordenado de los antropónimos más claros con su correspondiente paralelo vasco, para que se vea la estrecha relación entre ambos conjuntos; se concluye así la adscripción lingüística de la onomástica aquitana al grupo vasco, o dicho de otra manera, que la lengua subyacente en la onomástica aquitana es una variedad antigua directa o muy cercana de la lengua vasca que conocemos históricamente.

Aparte de las claras correspondencias léxicas que hallamos entre las bases onomásticas aquitanas y muchos apelativos vascos, ordenados por grupos semánticos acordes a principios extendidos en la formación de nombres personales —todo ello con la existencia del eslabón intermedio que constituye la documentación medieval—, es muy importante como prueba de la estrecha relación entre la lengua aquitana y la lengua vasca histórica la similitud estructural en las características innatas y la distribución de los sonidos, como puede verse en los siguientes esquemas :

a) Presencia de aspiración, tanto en inicial, como en posición intervocálica o tras la /r/ y /l/:

Aquit. Harbelex, Hars-i	Bihoxs-us, Lohitton	Belheio-, Barhosis
Vasc. harri 'piedra', hartz 'oso'	bihotz 'corazón', lohi 'lodo'	ilhun 'oscuro'

b) Distribución de sibilantes fricativas en inicial y de africadas en posición final de tema, con oposición solamente en posición intervocálica:

Aquit. Sembe-	Cison / Oxson	Bihoxs-
Vasc. seme 'hijo', zeru (< *tselú < lat. caelum);	gizon 'hombre' / otso 'lobo'	bihotz 'corazón', gorputz (< lat. corpus)

c) Distribución de la nasal como *lenis* al inicio y como *fortis* (escrita con geminada) al final tema; oposición fonológica en intervocálica:

Nescato	Seni- / Enne-	Ilunn-, Edunn-
vac. neska, neskato ‘muchacha’	sehi ‘chico, criado’(h/Ø < *-n-) / ene (< *eNe) ‘mío’	ilhun ‘oscuro’

d) Falta de la vibrante en inicial, presencia frecuente de *fortis* (escrita con geminada) al final tema; oposición fonológica en intervocálica:

Ø-	Andere / Baigorri-	Hontharr-
Ø-	andere ‘señora’ / gorri ‘rojo’	

7. La localización de los nombres aquitanos y de los galos en la vertiente francesa de los Pirineos muestra dos conjuntos bien diferenciados: el primero más antiguo, autóctono en la medida de nuestros conocimientos presentes, que se localiza en la parte suroccidental de las Galias, en concreto en la Aquitania tal como fue descrita por César y Estrabón, y el galo presente en Tolosa y en la región suroccidental mediterránea, aunque hay testimonios de una implantación también en el antiguo territorio aquitano, en especial en una franja definida al oeste del río Garona, sin que haga desaparecer el estrato anterior: así, en la *ciuitas Consoratorum*, la más oriental de Aquitania, y a lo largo del Garona que servía de vía de comunicación con Tolosa se mezclan los nombres aquitanos y galos; cuanto más vamos a occidente menor es el número de nombres galos y, cuando se dan, aparecen muchas veces asimilados a los hábitos lingüísticos aquitanos.

Esta progresión de aquitanidad hacia el occidente se ve drásticamente cortada por la falta de documentación en su parte más occidental, que reúne precisamente el País Vasco francés, las Landas y tierras cercanas. Más bien se da el hecho curioso de que la onomástica de las *ciuitates* más occidentales como Lapurdum (Bayona), Aquis Tar-

bellicis (Dax), Aire-sur-Adour, etc. solamente contiene nombres latinos, sin asomo de onomástica indígena, lo cual unido a una gran pobreza de epigrafía en general, lejos de representar una muestra de latinización completa, significa más bien un mantenimiento prolongado de estructuras sociales poco asimiladas al modo romano. La epigrafía se localiza solamente en los centros urbanos de las *ciuitates* y es producida por los ciudadanos romanos o su círculo de influencia más directo. Los peregrinos, las gentes del país, que son las que hubieran mostrado una antroponomía indígena no dejaron testimonios en esta zona del extremo occidental de los Pirineos septentrionales.

En conjunto, uniendo las informaciones escuetas pero claras de César y de Estrabón, que nos hablan de la existencia del pueblo aquitano con personalidad étnica y lingüística propia, y la abundante onomástica indígena documentada en los altos valles pirenaicos centrales y llanura del Gers, se puede llegar a la conclusión de que durante los primeros siglos del imperio se hablaba la lengua aquitana, antecesora directa o muy cercana del vasco que luego conoceremos en la parte más suroccidental del territorio, en buena parte de Aquitania. También que en los últimos dos siglos antes del cambio de era había cedido terreno a la lengua gala, que se nos aparece nítidamente en los parajes más expuestos a la influencia de Tolosa o del Languedoc, como puede ser el curso de los ríos Garona o el territorio limítrofe de la *ciuitas Consoranorum*.

8. En la parte oriental de los Pirineos la situación es mucho más difícil de detectar. En principio, como el proceso de latinización es mucho más avanzado y eficaz, los testimonios onomásticos de las lenguas prerromanas son más difusos, sin que se produzca la concentración y densidad de la parte interior. En lo que respecta a la onomástica atestiguada en epigrafía latina, se percibe un claro estrato galo, que, como hemos visto, es continuador de la onomástica documentada en inscripciones ibéricas de la zona a partir del s. III a. C. (cf. § 3).

Onomástica gala de la Narbonense en lápidas romanas.

Narbona: *Andorourus*, *Atepomarus*, *Congenico*, *Ecrito*, *Excingus*, *Lita*, *Litugena*, *Lutatius*, *Matugenus*, *Segolatus*, *Solimarus*; Béziers: *Mogetimarus*.

Pero junto a este claro estrato galo, hace tiempo J. Untermann detectó la presencia de otro estrato más difuso, de asignación lingüística más controvertida, pero diferenciado del galo tanto en su distribución territorial como en el empleo de bases antroponímicas, que denominó «ligur», en atención sobre todo a su distribución. En el cuadro que ofrezco a continuación se recogen en la primera columna los nombres ‘ligures’ atestiguados en la lápidas romanas de la provincia narbonense en época imperial, en la segunda columna los nombres documentados en las inscripciones ibéricas de Ensérune (grafitos) que tienen correspondencia con esos nombres o pueden pertenecer a ese estrato, y por último en la tercera columna he recogido los dos testigos indígenas no ibéricos del contrato griego de Pech Maho (*cf.* § 2).

Capas pre-ibéricas y pre-galas en los Pirineos Orientales.
Ligures (Untermann, 1969, 1979)

<i>Lápidas romanas (s. I-II)</i>	<i>Ensérune (III-I aC)</i>	<i>Pech-Maho (470 a.C.)</i>
Pedanius	aSune (Axunus)	Βλερνας
Pedul(l)us, Pedo, Pedia	betule (Pedullus)]αυαρνας
Velianius	botiRo (Botiros)	
Blaia, Blaionia	Ruta (Ruta)	
Blaesius	aboko	
Parra, Parridius	osati	
Avelius. Avilius	aSain	
Ennius	kobarba	
Mocco, Moccius, Venelius		

En los grafitos ibéricos hallados en Ullastret, importante ciudad ibérica cerca de la colonia griega de Empúries, aparecen también secuencias escritas que con toda probabilidad son nombres de persona, que sin embargo no se dejan analizar como ibéricos en atención a lo que conocemos de esta onomástica. También fue Untermann quien primero puso de manifiesto esta circunstancia, luego repetida por J.

de Hoz dentro de su teoría del ibérico como lengua no patrimonial de Cataluña. He aquí las secuencias susceptibles de ser nombres propios en Ullastret:

Ibéricos: **iltiRbaS, biuRbetin, neitin, biuRtibaS, biuRboneS**
 No ibéricos (?): **bartoin, boboRba, baka, boRtolo, kelboio, koSi,**
lasbe, osato

Dentro de la inseguridad en la que nos movemos con estos datos, no podemos identificar estas secuencias como especialmente cercanas a las de Ensérune, por más que algún nombre como *osato* se pueda emparejar con el *osati* septentrional. Son nombres cortos, no parecen ser compuestos, hay mucha presencia de la labial en inicial (alguna vez reduplicada?) y como sufijal (*-ba, -be*), y poco más puedo decir de esta supuesta lengua que estaría justificando estos nombres preibéricos de Cataluña.

¿Se habló el vascuence en los Pirineos orientales en épocas prehistóricas? A esta pregunta algunos egregios lingüistas, como Tovar o más matizadamente Coromines, han respondido afirmativamente en virtud de algunos materiales de varia índole. Los datos que se han solido manejar han sido:

1. Ara de Narbona: *Herculi Ilunno Andose*
2. Teónimo de Moux (Aude): *Larrasoni*
3. Plomos de Amélie-les-Bains: *Niskas*.
4. Topónimo: *Turissa* > *Tossa* (Gi), cf. *Iturissa* (Ptol. Vascones), vasc. *iturri-za*.

No cabe duda de la aquitanidad del primer testimonio, ya que el término *Andos(s)us* está abundantemente atestiguado en Aquitania como nombre de persona y varias veces como epíteto de divinidad; además sigue a *Ilunno*, otro epíteto bien documentado. En cuanto a *Larrasoni*, no se puede negar que bien pudiera ser también una divinidad aquitana, ya que la base *Larra-* se atestigua en otra divinidad de Navarra (y en el apelativo vasco *larre* ‘pasto’) y la terminación también es congruente con el sistema, pero carece de la seguridad del

ejemplo anterior; de todos modos, el primero es un testimonio de un aquitano fuera de su territorio. El nombre *niskas* de los plomos de Amélie-les-Bains, como designación de las ninfas o divinidades de las fuentes, fue puesto en relación por Coromines con vasco *neska* ‘muchacha, joven’. Sabemos que la palabra era utilizada en aquitano, pero a pesar de la apariencia externa no podemos juzgar sobre su relación estrecha o no; nada impide —y mucho menos nuestro desconocimiento del origen del vocabulario vasco— que el término en cuestión lo hubiera adoptado el vasco de lenguas pirenaicas cercanas, o que estuviera en uso por la zona. El último ejemplo puede ser incluso una casualidad. En definitiva no es gran cosa ante el hecho bien establecido de la nítida frontera que se establece al este del valle de Salat, donde se paran muy claramente los nombres vasco-aquitano. Y por otro lado, los supuestos nombres de Ullastret en grafitos ibéricos citados arriba tampoco se dejan comparar con nada semejante al euskara.

9. La onomástica indígena en epigrafía latina de la vertiente meridional de los Pirineos no refleja áreas lingüísticas subyacentes con la misma nitidez como lo hace en la vertiente septentrional. Allí veíamos una lengua aquitana bien definida en su parte central y occidental, que todavía seguía vigorosa en los primeros siglos del imperio, y una situación más compleja en la parte oriental, con un antiguo estrato ‘ligur’ perceptible en algunos nombres propios, al que se superpone una fuerte iberización cultural y onomástica a partir del s. VI a. C., que cede terreno a partir de fines del s. III a. C. a una profunda celtización a manos de los Volcae Tectosages. En Cataluña y en general en la vertiente meridional hasta Navarra escasean los nombres propios indígenas. Las gentes que portaban nombres ibéricos, como los jinetes de la turma salluitana a inicios del s. I a. C. (cf. § 4), empiezan pronto a llamarse de modo romano, proceso cuyo inicio podemos apreciar precisamente en los jinetes originarios de Lleida en el bronce de Ascoli, de modo que en la epigrafía latina imperial son raros los nombres ibéricos. He aquí los existentes:

Barcelona: *Bastogaunini* (dat.), *Neitinbeles* (Terrassa)

Lleida: *Laurbeles* (Florejacs)

Huesca: *Tannepaeseri* (dat.), *Asterdumari* (f. dat.), (Obarra / Calvera, Puebla de Castro), a los que quizá hay que añadir *Attaesoni* (dat.), esta vez procedente del yacimiento de *Labitolosa* (Puebla de Castro).

Pero es curioso que en la documentación imperial de esta misma zona hallamos nombres de persona de claro origen foráneo, como los celtíberos representados por *M. Licinius L. f. Celtiber*, *Licina M. f. Numantina* y *Q. Fabius Q. f. Maternus* (Lleida) y quizá los originarios galos, o de todos modos, portadores de nombres celtas, llamados *Toutonis* (gen.) y *Santono* (dat.) (Badalona), junto con otros nombres de procedencia más problemática, aunque probablemente indoeuropea, como los siguientes de Empúries: *Ataecinae*, *Virio*, *Avia(na)*, *Saacio*, *Surisca*. Ello no puede ser más que una muestra de la movilidad de gentes que se produjo en el imperio romano, una vez impuesta la paz augustea e iniciados los procesos de integración en el conjunto social del imperio.

Por una lado vemos una rápida y casi total desaparición de la onomástica ibérica en las zonas pirenaicas orientales, que seguramente es muestra de una efectiva romanización de esas gentes para el cambio de era. Los nombres foráneos arriba citados no pueden ser prueba, sin embargo, de la presencia de otras lenguas prerromanas, como el celtibérico, en esos parajes, a no ser como lenguas pertenecientes a algunos individuos concretos, que seguramente no la transmitieron a sus descendientes. El ambiente social propicio a la movilidad personal sería un factor de integración social, que en esos momentos solo podía efectuarse mediante la lengua latina.

10. La parte más occidental de la cadena pirenaica, correspondiente al territorio de los Vascones, presenta una documentación más rica en onomástica indígena. Gracias en parte a descubrimientos epigráficos ocurridos en los dos o tres últimos decenios, apreciamos entre los Vascones nombres de tres procedencias distintas: *a*) vasco-aquitana, con claras relaciones con la onomástica atestiguada al norte de la cadena pirenaica en la región aquitana; *b*) ibérica, en la parte oriental de su territorio y *c*) hispánica indoeuropea en su parte occidental li-

mítrofe con Álava (curiosamente muchos de estos nombres no son estrictamente celtibéricos, sino hispanos occidentales). Los testimonios nítidamente pirenaicos, al norte de Pamplona, son prácticamente inexistentes. He aquí los datos:

<i>Céltica (Estella)</i>	<i>Vasco-aquitana</i>	<i>Dudosa / adaptada</i>	<i>Ibérica</i>
Ambata Segonti f.	Abisunhari	Agirsenio	Citastelule
Oppia [B]outia	Val.Beltesonis	Ausages[.]	Geseladin
Buturra	Dusanharis	Agirn[es f.]	Gurtaânbasis
Calaeus	Narhungesi	Lacubegi (ND)	Turibas Teitabas
Doiterus	Serhuhoris		C.Turciradin
Segontius	Ummesahar fi	Or[du]netsi	
Viriati f.]eihar	Urchatetelli	
	Errensae (ND)		
	Larrahi o Larrahe		
	Itsacurrinne ND		
	Loxae (ND)		
	Selatse (ND)		

En la tercera columna he recogido los testimonios que en mi opinión pueden ser considerados tanto vascones como ibéricos. El nombre *Agirsenio*, por ejemplo, se puede analizar probablemente en dos elementos: *Agir-* que se atestigua profusamente en la zona vascona y oscense y que quizá pueda estar relacionado con el elemento **akir-** de más amplia difusión, y *-seni*, para el que hay comparación tanto en ibérico como en el aquitano *Senius*. Los dos últimos nombres de la lista (*Ordunetsi* y *Urchatetelli*) son claramente ibéricos, pero presentan algunas particularidades gráficas, como la presencia de aspiración o la grafía africada de la sibilante en final de tema, así como la -ll- geminada de final de tema también, que los hace nítidos exponentes de una adaptación vascona de la onomástica ibérica.

Ante este material, ¿podemos establecer nítidas áreas lingüísticas o estratos cronológicos? La visión tradicional siempre ha defendido la antigüedad de la lengua vascona como autóctona de la zona, y tanto la

iberización como la celtización como dos fenómenos que tienen lugar en períodos cercanos de la protohistoria. Parece que la cultura material apoya una tal interpretación. En lo que respecta a la onomástica, hay unos cuantos detalles que se explican bien dentro de ese marco. En primer lugar, en cuanto a la distribución de los nombres arriba citados, los hispanos célticos se concentran en la parte occidental, pero en esa zona se atestiguan también los teónimos vascónicos *Loxa*, *Larrabe*, lo cual debe interpretarse como una pervivencia de creencias anteriores en un período posterior indoeuropeizado. En la parte central (cuenca del río Arga) y oriental, junto con la comarca de Cinco Villas de Aragón, aparecen mezclados los nombres ibéricos y vascos, pero el hecho de que en dos casos concretos hallemos muestras evidentes de adaptación a la fonética vasca de nombres originariamente ibéricos nos hace pensar que la lengua de uso en la zona era la vasca y que los nombres ibéricos se deben a una influencia cultural proveniente del este. Algunos lugares como *Andelos*, situado en la zona central, debieron ser lugares multilingües en los últimos decenios republicanos, a juzgar por los datos que nos ha revelado: mosaico con inscripción ibérica (cf. § 5) hecho por un celtíbero originario de Bilbilis llamado *Likinos* y antropónimo ibérico (*Urchatetelli*) pronunciado a la vasca, aunque hay muchos grados y modos de bilingüismo.

11. El País Vasco actual, lo que tradicionalmente se ha llamado Provincias Vascongadas en atención al empleo generalizado del vascuence, presenta en mi opinión un problema arduo. La opinión común sostiene que se trata de un territorio donde la lengua vasca se ha hablado desde época inmemorial, pero ya Gómez Moreno y otros se percataron de que no hay pruebas rotundas para defender tal aserción. No tenemos ningún texto indígena y la epigrafía latina imperial ofrece datos que en Álava más bien hacen pensar en una capa céltica de población, mientras que para las provincias costeras de Guipúzcoa y Vizcaya la carencia de onomástica indígena es total. En esto se parecen enormemente a la región aquitana más suroccidental (la del País Vasco, Landas, etc., cf. § 7), es decir, en que la única onomástica documentada es la latina concentrada en algunos focos costeros, como

Forua (Vizcaya). Y si viéramos los topónimos de la zona, transmitidos por las fuentes clásicas, como los ríos *Nerva* (Nervión) y *Deva*, o ciudades como *Segontia Paramica* o *Tritium Tubolicum* de los várdulos —aunque sin localización conocida—, seguiríamos estando en un ambiente claramente indoeuropeo sin asomo de vasquismo. Por eso, algunos estudiosos han pensado que el País Vasco se euskaldunizó en momentos posteriores, probablemente en época visigótica, a partir de zonas indiscutiblemente vasconas. Pero, ¿cuáles eran éstas? Solamente la Aquitania y los Pirineos centrales. La Aquitania occidental no presenta pruebas positivas de vasquismo —aunque en mi opinión haya pocas dudas de ello— y ya hemos visto el complejo panorama de Navarra.

Pero, si viéramos la cuestión desde este lado de la historia, remontando hacia atrás desde la Edad Media, nos encontramos con algunos topónimos vascos de origen latino cuya forma solo puede ser explicada como un préstamo de gran antigüedad. Así, por ejemplo, el topónimo alavés *Guircu* con mantenimiento de velar inicial no palatalizada y del vocalismo radical *i*, en lugar del cognado castellano *cercu* (< lat. *circu), tuvo que ser adoptado en una época en la que aún no se había dado la palatalización de velares ante vocal anterior, especialmente ante *-i*, ni la confusión de timbre vocálico, fenómenos ambos generales a todo el latín vulgar occidental y anteriores, en todo caso, a la época visigótica. Estos argumentos, unidos al hecho de que también en Álava se han hallado algunos antropónimos y algún teónimo del estrato vascón, hacen que no debamos excluir la presencia de la lengua vasca en la antigüedad en las tres provincias vascongadas, aunque su zona meridional y occidental hubiera experimentado una fuerte indoeuropeización en la segunda Edad del Hierro.

12. Después de haber tratado la documentación antigua contemporánea, tanto la directa de los textos indígenas como la onomástica, quisiera terminar con un breve comentario acerca de los estudios toponímicos que se han dedicado a algunos aspectos que nos interesan. El estudio de los topónimos es muy útil a la hora de proyectar cierta luz sobre una situación anterior de la que se carece de documentación directa. A fin de obtener resultados sólidos, es necesario que los datos

no sean únicos, sino que formen una red coherente, tanto en su estructura y formación interna como en su distribución geográfica, y mucho mejor que vengan confirmados por otro tipo de datos independientes.

Uno de los estudios de este tipo fue llevado a cabo por J. Coromines en varios trabajos dedicados a la toponimia vasco-pirenaica de Cataluña. Ya hemos visto en las secciones anteriores que la epigrafía latina prueba la presencia de la lengua aquitana o vasca al norte de la cadena pirenaica hasta el valle del Salat, pero no hay datos sobre la vertiente meridional. Por la zona de Lleida tenemos textos redactados en ibérico, pero ¿qué se habla en los valles pirenaicos? Coromines explicó decenas de topónimos de los altos valles de la Noguera Ribagorçana y de la Noguera Pallaresa (los correspondientes a los valles del Garona y del Salat al norte) a partir de la lengua vasca, llegando a la suposición de que el vascuence fue lengua de uso en esa zona hasta casi el s. x de nuestra era. Hay series nutridas de sufijos, p.ej. en -tói / -ói, (*Alastué*, *Bentué*, *Ardanué* en Aragón; *Abaslatui*, *Arestui* en el oeste de Cataluña), que se pueden comparar con vasc. occ. -*dui*: vasc. or. -*doi*; incluso algunas bases admiten buenos paralelos como cat. *Arestui*: vasc. *Arizti*, **aristoi* ‘roblechal’ sobre (*h*)*aritz* ‘roble’ o arag. *Ardanué* con respecto a vasc. *andan-* ‘viña’. Para la mayoría, sin embargo, faltan paralelos precisos vascos. Por otra parte muchas de las explicaciones etimológicas de Coromines no tienen suficientemente en cuenta procesos formativos o históricos conocidos en la lengua vasca y solo se parecen a ellos de manera superficial. Así, *Artedó* explicado a partir de **arte-dun* ‘que tiene encinas’ choca contra nuestro conocimiento de que la forma vasca -*dun* es una forma verbal contracta que remonta a una forma **daduen*, que si de todos modos se hubiera formado en un período tan tardío como para haber sufrido las mismas contracciones que en vasco, esperaríamos también una forma de composición del primer elemento, es decir una forma *artadun*, que por otro lado nosotros no referiríamos a un topónimo sino a un individuo poseedor de encinas; para los topónimos tenemos *arteaga* y *artadi*. Otro ejemplo es *Gavassa*, cuando lo hace proceder de *gabe* ‘privado de’ + *az* + artículo -*a*; pero vasc. *gabe* es forma dialectal en concurrencia con *bage*, que es sin duda la forma más antigua (<*bat-

ge ‘sin uno’) y la presencia de artículo en un topónimo es un hecho reciente por lo que sabemos de la aparición del artículo en vascuence. Hay muchos problemas de detalle, pero a pesar de todo parece sustanciarse la idea de que en esa zona se hablaba una lengua, si no directamente relacionada con la vasca histórica, sí al menos una del mismo tronco con ciertos términos y sufijos comunes. Esta idea viene apoyada por otros fenómenos lingüísticos independientes, aparte de la verosimilitud derivada de la vecindad geográfica. En primer lugar está la circunstancia de que estas zonas entran dentro del ámbito de distribución del único sufijo toponímico bien identificado como aquitano y pirenaico: el que forma los topónimos en *vasc.* -oz /-otze; *gasc.* -òs; *arag.* -ués; *cat.* -ós; p. ej. *Arròs: Arrotze; Biscarrosse: Biscarrués; Urdòs: Urdués: Urdoz.* En segundo lugar, se pueden también aducir particularidades en la evolución de ciertos sonidos, que separan a estas hablas del resto de las hablas catalanas y las acercan a las vascas: *a)* caída de -n- intervocálica: *pall. Solau (Solano): Espot-Solau / Espot-Obago;* *b)* conservación de -n final: *Estaon (stationem);* *c)* no palatalización de *gi:* *Arguilla, Arguileres (arcilla);* *d)* vocal protética ante r-: *arrés: cat. res;* y *e)* no sonorización de sordas intervocálicas: *Napiners (< napina).*

Y por último los topónimos antiguos pueden darnos cierta luz sobre la situación precedente a la estrictamente contemporánea de la transmisión de las fuentes clásicas. Acabamos de ver un ejemplo en el caso de los ríos y ciudades de los várdulos (*cf.* § 11), que lleva a pensar en un estrato céltico en esa zona antes de la situación vasca generalizada a partir de nuestros primeros documentos medievales. Igualmente, el topónimo *Sebendunum*, transmitido por Ptolomeo e identificado con la villa gerundense de Besalú,¹ presenta un claro elemento toponímico galo -*dunum* ‘castro’ (equivalente al hispano y celta más general -*briga*) que nos habla probablemente de una presencia de gente gala en esos parajes fronterizos. Esta suposición nos parece muy ve-

2. Incidentalmente *Sebendunum* habría que entender como una metátesis de la forma real **Besen-dunum*, cuya primera parte posiblemente está relacionada con otros topónimos de la misma zona, pertenecientes a los Castellani de Ptolomeo: *Besda* y *Bassi*. Partiendo de una forma originaria **Bese-dunum* explicaríamos la /n/ como repercusión de la nasal siguiente (al igual que en *manzana* a partir de lat. *matiana*), con disimilación posterior para poder dar cuenta de la grafía medieval *Bisuldúnnum*.

rosímil, tanto porque el elemento toponímico en cuestión no presenta ningún problema a la hora de su adscripción a la lengua gala (lengua que conocemos mal que bien por textos directos, glosas, antroponimia, préstamos de sustrato y comparación lingüística cercana con las lenguas celtas de la rama britónica), como por el dato que nos transmite César en su relato de la batalla de Lleida acerca de grupos de galos que penetraban en la península.

Muchos de los topónimos antiguos no se dejan explicar fácilmente por ninguna lengua conocida y se tiene la impresión de que su formación puede remontar a tiempos remotos. El problema está, evidentemente, en hallar la razón de su origen. Muchos de ellos han sido explicados como pertenecientes a la antiguas capas mediterráneas, tuvieran algo que ver o no con otras más antiguas africanas o atlánticas, o restos de antiguas invasiones indoeuropeas de mayor o menor antigüedad y concreción. Recientemente Fco. Villar ha vuelto a esta tradición de nuestra toponimia reuniendo exhaustivamente todo el material antiguo (a veces hasta el moderno) con el fin de hallar regularidades y paralelos con otras formaciones, dando cuenta sobre todo de la extensión de cierta hidronimia antigua de origen indoeuropeo por amplias zonas de la península. En lo que afecta a nuestra zona de estudio ha propuesto muy recientemente la existencia de una indoeuropeización de Cataluña y el valle del Ebro que tuvo lugar, a juzgar por los datos toponímicos recogidos, a la vez que la indoeuropeización de la zona meridional peninsular (más o menos el bajo Guadalquivir). La razón más importante para esta relación entre estas dos zonas alejadas y sin contactos aparentes desde cualquier otro punto de vista está en la presencia en ambas zonas de topónimos en *-uba*. Este conjunto de topónimos es conocido desde antiguo y, dada su concentración en Andalucía, se piensa que son el exponente de una lengua local, que probablemente pudiera utilizar ese segmento para significar algo parecido a ‘ciudad’. Para Villar se trata, sin embargo, de un elemento indoeuropeo con el significado de ‘agua’ (alternante *aba /oba /uba), que originariamente se utilizaría para nombrar ríos, los cuales a su vez darían lugar a nombres de ciudades.

Los datos ofrecidos por Villar (2000) son los siguientes:

<i>Zona meridional</i>	<i>Ebro</i>	<i>Duero-Tajo</i>
Alube	Allobone (= alaun	Apiobica
Calduba	= Allauona)	Mirobieo
Conobaria	Caluba	Obila ?
Corduba	Idubeda (monte)	Tacubis ?
Cusubi	Iluberis	
Ilubaria	Obanae	
Ipolcobulcula	Obione	
Iponuba	Salduie	
Maenuba	Subi	
Maenuba	Telobis	
Oba	Tolobi	
Obucola	Uduba	
Obulco		
Onoba		
Onuba		
Ossonoba		
Salduba		
Ucubi		

Hay dos problemas, al menos, en esta suposición. La primera es que no tenemos ninguna comprobación externa de la bondad de la etimología o ninguna razón, aparte de la propia forma en indoeuropeo, para asignar un significado de ‘agua’ al elemento *-uba*, mientras que el significado de ‘ciudad’, de cuya realidad tampoco estamos seguros, se compadece mejor con la designación de los topónimos. Y la segunda tiene que ver con la confección de la lista de la segunda columna. Hay nombres como *Salduie* —en grafía ibérica **saltuie**, en adaptación latina *salluitana* (*turma*)— que no tienen razón aparente para estar en ella. La variante *Allobone* es parcial frente a *Allabona*, adaptación más ajustada del indígena **alaun**. *Idubeda* es el nombre de un monte y, en atención al mismo Ptolomeo que nos lo transmite, sabemos que había otro monte de nombre *Ortospeda*, de modo que me parece más legítimo un análisis del que se extraiga el elemento *-beda*, que quizá en ibérico significara ‘monte’ (y no ‘camino’ como alguna vez se ha propuesto, utilizando el diccionario de Azkue, s. u. *bide*, en

vez del de Pokorny). Para *Iluiberis* se cuenta con un paralelo ibérico inmejorable en el nombre de muchas ciudades (Iliberri / Ilu(m)berri) que presentan dos elementos muy frecuentes (**iltu(r)**- + **beRi**) sin que se justifique un elemento *Il*-. En *Subi* poco queda de la raíz, si se le quita *-ubi*. El topónimo *Telobis* pertenece, según Ptolomeo otra vez, al pueblo de los Lacetanos (II.6.72), de quienes cita los siguientes: *Ascerrís*, *Setelsís*, *Telobís*, *Bakasis*, *Anabís*, etc. Ante este conjunto, uno se inclinaría a aislar dos sufijos (agudos?): *-sís* (*-rís* sería una simple variante combinatoria tras *r*) y *-bís*. Quedan algunos aún con una clara terminación en *-uba*, como *Caluba* y *Uduba*, pero no creo que sean suficientes para sustentar una hipótesis histórica de profundo calado, si tenemos en cuenta además de qué modo tan aleatorio transmitían nuestros clásicos los nombres alógenos.

El problema de la indoeuropeización de Cataluña es arduo. Arqueológicamente se documenta muy bien una penetración cultural de los campos de urnas a partir de los primeros siglos del primer milenio a. C., cuyo origen más inmediato sabemos ahora que está en las regiones aledañas al Rosellón. ¿Hablaban alguna lengua indoeuropea estos pueblos de la cultura de los campos de urnas? Es una pregunta sin respuesta segura. Por otro lado, es evidente que los hablantes de lenguas indoeuropeas debieron penetrar en la península por alguno de los dos extremos de los Pirineos y el oriental es el más probable. Pero la prueba lingüística de ello no es nada fácil. Sanchis Guarner quiso hace tiempo ya, en un libro impactante, explicar la división dialectal entre catalán oriental y occidental como un fenómeno debido al sustrato indoeuropeo e ibérico respectivamente, pero la mayoría de los rasgos dialectales que definen estas variedades no remontan a una gran antigüedad. Y los datos toponímicos antiguos, con la excepción de unos pocos, no son tan evidentes como para sustentar la existencia de lenguas más remotas, bien definidas en sus aspectos tanto internos como geográficos.

JOAQUÍN GORROCHATEGUI
Euskal Herriko Unibertsitatea

BIBLIOGRAFÍA

- AZKÁRATE, A. (1993): *Franco, aquitanos y vascones: testimonios arqueológicos al sur de los Pirineos*, «Archivo español de arqueología», núm. 66, ps. 149-176.
- BELTRÁN LLORIS, F. (1986): *Epigrafía y onomástica de las Cinco Villas*, in: *Actas de las I Jornadas de estudio sobre las Cinco Villas*, Zaragoza, ps. 53-93.
- CAMPMAJÓ & UNTERMANN, J. (1991): *Corpus des gravures ibériques de Ceretagne*, «Ceretania», núm. 1, ps. 39-59.
- CARO BAROJA, J. (1945): *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Salamanca [reedición facsímil por Txertoa 1990, San Sebastián].
- COROMINES, J. (1972): *Tópica Hespérica*, 2 vols., Madrid, Gredos.
- ECHAIDE, A. (1967): *Topónimos en -oz en el País Vasco español*, PV, ps. 11-14.
- ESTEBAN DELGADO, M. (1997): *El poblamiento de época romana en Gipuzkoa*, in *Romanización en Euskal Herria*, ps. 53-73.
- FABRE, G., M. MAYER & I. RODA (1984-1997): *Inscriptions romaines de Catalogne I: Barcelone (sauf Barcino)*, París, Boccard (= IRC I), 1984; *Inscriptions romaines de Catalogne II: Lérida*, París, Boccard (= IRC II), 1985; *Inscriptions romaines de Catalogne III: Gerone*, París, Boccard (= IRC III), 1991; *Inscriptions romaines de Catalogne IV: Barcino*, París, Boccard (= IRC IV), 1997.
- GIL ZUBILLAGA, E. (1997): *El poblamiento en el territorio alavés en época romana*, in: *Romanización en Euskal Herria*, ps. 23-52.
- GÓMEZ MORENO, M. (1951): *De epigrafía vizcaína*, BRAH, núm. 128, ps. 210-217.
- GÓMEZ MORENO, M. (1949): *Misceláneas: Historia, Arte, Arqueología*, Madrid.
- GORROCHATEGUI, J. (1984): *Onomástica indígena de Aquitania*, Bilbao.
- GORROCHATEGUI, J. (1993): *La onomástica aquitana y su relación con la ibérica*, in: J. UNTERMANN & F. VILLAR (eds.): *Lengua y cultura en la Hispania preromana. Actas del V Coloquio de lenguas y culturas prerromanas de la península ibérica*, Salamanca, ps. 609-634.
- GORROCHATEGUI, J. (1995a): *Basque and its Neighbors in Antiquity*, in: José I. HUALDE, Joseba A. LAKARRA & R. L. TRASK (eds.): *Towards a History of the Basque Language* [Current issues in linguistic theory 131] Amsterdam / Philadelphia [John Benjamins], ps. 31-63.
- GORROCHATEGUI, J. (1995b): *Basque Names*, in: E. EICHLER, G. HILTY, H. LÖFFLER, H. STEGER & L. ZGUSTA (eds.): *Proper Names Studies. An International Handbook on General and European Onomastic Sciences*, I,

- Berlín/New York [Handbücher zur Sprach- und Kommunikationswissenschaft], ps. 747-756.
- GORROCHATEGUI, J. (1995c): *Los Pirineos entre Galia e Hispania: las lenguas*, «Veleia», núm. 12, ps. 181-234.
- GORROCHATEGUI, J. (2000a): *Ptolemy's Aquitania and the Ebro Valley*, in: David N. PARSONS & Patrick SIMS-WILLIAMS (eds.): *Ptolemy. Towards a linguistic atlas of the earliest Celtic place-names of Europe*, Aberystwyth, ps. 143-157
- GORROCHATEGUI, J. (2000b): *La romanización del País Vasco: aspectos lingüísticos*, «Bitarte», núm. 22, ps. 87-105.
- HEBERT, J. C. (1990): *Les deux phials à inscriptions ibériques du tumulus n° III de la Lande "Mesplède" à Vieille-Aubagnan (Landes)*, «Bul. Soc. de Borda», núm. 417, ps. 1-39.
- HOZ, J. de (1981): *El euskara y las lenguas vecinas antes de la romanización*, in: *Euskal linguistika eta literatura: bide berriak*, Bilbao, Deusto, ps. 27-56.
- HOZ, J. de (1993): *La lengua y la escritura ibéricas, y la lengua de los iberos*, in: J. UNTERMANN & F. VILLAR (eds.): *Lengua y cultura en la Hispania preromana. Actas del V Coloquio de lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, ps. 635-666.
- HOZ, J. de (1995): *El poblamiento antiguo de los Pirineos desde el punto de vista lingüístico*, in: *Muntanyes i població. El passat dels Pirineus des d'una perspectiva multidisciplinaria* (eds. Bertranpetit & E. Vives), Andorra la Vella.
- IRIGOYEN, A. (1986): *En torno a la toponimia vasca y circumpirenaica*, Bilbao, Univ. de Deusto.
- KRAHE, H. (1964): *Unsere ältesten Flußnamen*, Wiesbaden.
- LUCHAIRE, A. (1876-7): *Les origines linguistiques de l'Aquitaine*, «Bull. Soc. des sciences, Lettres et Arts de Pau», ps. 349-423.
- MERINO URRUTIA, J. B. (1978): *La lengua vasca en La Rioja y Burgos*, Logroño.
- MICHELENA, L. (1988): *Sobre historia de la lengua vasca*, Donostia-San Sebastián, Dip. Foral de Gipuzkoa.
- MICHELENA, L. (1954): *De onomástica aquitana*, «Pirineos», núm. 10, ps. 409-458 [Ahora en LH, 409-445].
- MICHELENA, L. (1961): *Los nombres indígenas de la inscripción hispanorromana de Lerga*, PV, ps. 65-74. [Ahora en LH, 446-457]
- MICHELENA, L. (1977): *Fonética histórica Vasca*, Donostia-San Sebastián.
- MICHELENA, L. (1985): LH = *Lengua e Historia*, Madrid, Paraninfo.
- Paleoetnología* (1992): M. ALMAGRO-GORBEA & G. RUIZ ZAPATERO (eds.): *Paleoetnología de la península Ibérica* = «Complutum», núm. 2/3, Madrid.

- RODRÍGUEZ RAMOS, J. (1999-2000): *Botorrita 'launi' - Andelos 'Raune': una propuesta de unificación*, «Kalathos», núm. 18-19, ps. 345-357.
- ROHLFS, G. (1952): *Sur une couche preromaine dans la toponymie de Gascogne et de l'Espagne du Nord*, RFE, ps. 209-256.
- Romanización en Euskal Herria* (1997): *Primer Coloquio internacional sobre la Romanización en Euskal Herria*, Donostia 1996 = «Isturitz», núm. 8/9.
- SACAZE, J. (1892): *Inscriptions antiques des Pyrénées*. Toulouse [facsimil, 1990, Toulouse].
- SANCHIS GUARNER, Manuel (1980): *Aproximació a la història de la llengua catalana*, Barcelona.
- SÉGUY, J. (1951): *Le suffixe toponymique -os en Aquitaine*, in: *Mémoires du troisième Congrès int. de Toponymie*, II, ps. 218-222.
- TOVAR, A. (1961): *The Ancient Languages of Spain and Portugal*, New York.
- TRASK, R. L. (1997): *The History of Basque*, London & New York.
- TRASK, R. L. (1995): *Origins and Relatives of the Basque Language: Review of the evidence*, in: J. I. HUALDE, J. A. LAKARRA & R. L. TRASK (eds.): *Towards a History of the Basque Language* [Current issues in linguistic theory 131] Amsterdam / Philadelphia [John Benjamins], ps. 65-99.
- UNTERMANN, J. (1963): *Estudio sobre las áreas lingüísticas prerromanas de la Península Ibérica*, APL, ps. 165-192.
- UNTERMANN, J. (1973): *Le nom de Narbonne et la langue de ses habitants, Narbonne*. *Archéologie et Histoire*, Montpellier, ps. 163-167.
- UNZUETA PORTILLA, M. (1994): *Indigenismo prerromano en la vertiente cantábrica del País Vasco: fuentes documentales y contexto arqueológico*, «Illunzar», núm. 94, ps. 101-112.
- VELAZA, J. (1995): *Epigrafía y dominios lingüísticos en territorio de los Vascones*, in: F. BELTRÁN (ed.): *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*, Zaragoza, ps. 209-218.
- VELAZA, J. (1999): *Novedades de epigrafía romana de Navarra*, «Sylloge epigraphica barcinonensis», núm. 3, Barcelona, ps. 155-168.
- VIDAL, M. & J.-P. MAGNOL (1983): *Les inscriptions peintes du caractère ibériques de Vieille-Toulouse (H. G.)*, RAN, ps. 1-28.
- VILLAR, F. (2000): *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*, Salamanca, Ediciones Universidad.